
Entre la idea y la mirada,
¿qué democracia para México?



Víctor Flores Olea



OCEANO

ÍNDICE

Preámbulo, 13

Tiempos de contrarrevolución, 39

La sociedad y la política en México: la crisis, 97

La transición a la democracia, 145

¿Qué democracia?, 199

Notas, 253

PREÁMBULO

En México vivimos un tiempo de profundos cambios. Creo que nadie se opondría a esa afirmación. Menos acuerdo habría en el diagnóstico de las causas, también profundas, que motivaron esos cambios —más allá del redundante “en todo tiempo hay transformaciones”—, y, por supuesto, menos aún respecto de la naturaleza de ellos. Si discutiéramos hacia dónde nos dirigimos —es decir: acerca del sentido y dirección de los cambios—, las dudas y los argumentos se multiplicarían; es inevitable que el futuro se muestre como un jeroglífico indescifrabable; como pregunta sin respuesta a una esfinge.

Este tiempo no es la excepción: los periodos de cambio, invariablemente, se presentan a los observadores, e inclusive a los protagonistas, como lapsos en que prevalecen las preguntas por encima de las respuestas; en que lo cotidiano se evidencia excepcional; en que la transparencia cede para que los acontecimientos más banales se muestren bajo una capa turbia de significados que no logramos explicar; entre otras razones, porque sospechamos —¡probablemente con razón!— que ese exterior, a veces inofensivo, otras ominoso, alberga síntomas o signos de realidades, más graves, que tampoco son transparentes ni se muestran en su verdad.

En tiempos así —asunto nada fácil— es obligado tomar distancia para ver más claro. Y así observar el bosque en los árboles con que nos tropezamos y descifrar su significado; no sólo en función del futuro y también del pasado, sino del contenido de los abrumadores he-

chos del presente, para buscar explicar lo observado según las series históricas más amplias que pasan por el tiempo.

Este libro es resultado de esa ambición; de la necesidad de ver con una cierta claridad y encontrar explicación a lo que muchas veces parece y *es* indescifrable. No obstante, no debe el lector creer que encontrará en estas páginas respuestas inobjetables para los tiempos que corren o para los acontecimientos que ocurren en nuestro país. En las páginas que siguen, el lector hallará hipótesis y explicaciones discutibles —y que se discutan!— que buscan proporcionar un hilo conductor general que ayude a deshilar la madeja de los acontecimientos cotidianos, para situarlos en su tiempo, como partes de procesos históricos más generales de esta época; y para ubicarlos en la dimensión de las discusiones teóricas que suscitan.

Escribir un libro de esta índole supone una cierta idea de la historia, del país y de las raíces y significados de la política y de las disciplinas que la estudian. No es necesario hacer ahora explícita esta idea, porque a lo largo de los capítulos se irá haciendo presente. Creo útil decir, no obstante, que para mí existen procesos históricos que encierran un principio explicativo; si bien no una fatalidad o necesidad al margen o más allá de la *acción* humana. Es decir, pienso no en una historia *forzosamente* racional, o que se derive de principios únicos e incommovibles, sino en una historia cuyos acontecimientos son observables y *explicables*. Me parece, adicionalmente, que la única manera de *explicar* la historia consiste en recurrir, hasta donde sea posible, al conjunto de los fenómenos, que por comodidad hemos llamado políticos, o económicos o sociales, pero que en realidad están estrechamente vinculados, y que sólo son discernibles en conjunto, en su *totalidad*.

En cuanto a la política —que es la materia propia de este libro—, ella no se explica como puro fenómeno de poder o de técnicas para lograr el poder y preservarlo. La sustancia que encierra es más compleja, y no se explica ni por el *pragmatismo* al que algunos quisieran reducirla ni, desde luego, por el puro juego de ideales o principios que se desearan aplicar; aun cuando en el fenómeno político y en la historia

política están presentes los aparatos técnicos y las utopías.

La historia de nuestro país no es especialmente accidentada porque los “accidentes” son la materia misma de la historia; entendidos éstos como hechos relevantes —o menos aparentes— que ocurren y que conforman, con el paso del tiempo, el carácter y las instituciones de todo tipo que *establece* un pueblo o una nación. Nuestro gran “accidente” en este siglo fue por supuesto la Revolución de 1910; y los hechos que la siguieron están *conectados*, en su inmensa mayoría, a la naturaleza o carácter de esa Revolución. Es ella parte de nuestro ser en el siglo, y los procesos que hemos vivido posteriormente se sitúan frente a ella, a veces para negarla, otras para confirmarla, otras más para llevarla a extremos que tal vez, a los ojos de algunos, sean exacerbados, según los propósitos o ideologías explícitos de la Revolución. No podemos discutir el presente sin referirnos a la Revolución mexicana; si no fuera por otra razón, tan sólo por el hecho de que las actuales estructuras de la política en México —el tipo de gobierno, los partidos políticos, gran número y variedad de las instituciones públicas (sociales, políticas, educativas y culturales)— tienen su origen en ese movimiento revolucionario.

Toda explicación política es también una explicación *histórica*. Los cambios y la crisis que vivimos han de entenderse *también* en función histórica; e, inexcusablemente, las “salidas” a la crisis recibirán la *impronta* de nuestra historia anterior, y, desde luego, de nuestra historia presente; la historia misma de la crisis y de su naturaleza peculiar.

Dije antes que la política no se agota en una explicación *técnica* y tampoco en una explicación *moral*. Pero ambos términos están presentes en todo fenómeno político, o, con mayor rigor, en toda *acción* política. La dirección que al final tome la solución de la *crisis* que vive México —que es una crisis no solamente política, como veremos en el libro— dependerá de la acción política de los “actores” en esa crisis, y de las acciones y derroteros que sigan las formaciones sociales, económicas y culturales que hoy están presentes en la coyuntura mexicana. La política no es el resultado —o la obra— de determinados actores in-

ventariables, sino de conjuntos sociales más amplios, en los cuales actúan las ideas, o los cuales las expresan, lo mismo en el campo de la moral que de la técnica. Sin hablar de que esos derroteros —la dirección de las acciones sociales— no están desvinculados de la situación internacional, que tiene hoy un peso innegable sobre nosotros, sobre la naturaleza de la crisis, sobre sus orígenes y, desde luego, sobre sus “salidas”.

En la historia, los políticos no están solos. La política no se hace en el aislamiento; aun cuando se haya hablado de los “hombres extraordinarios”, o, entre nosotros, del “solitario de palacio”. En palacio, en las oficinas de quienes tienen autoridad o mando, está siempre presente la sociedad entera, inclusive cuando las decisiones no la consideran; por supuesto, cuando a la sociedad la olvidan quienes toman las decisiones, la negligencia se paga caro.

Quiero decir que “el estilo personal” de gobernar, aunque de gran relieve e importancia para entender los acontecimientos, no es suficiente para explicar por sí mismo la totalidad de los fenómenos. Por supuesto que en la lucha política —no es novedad— se tiende a personalizar, pero esto no significa que el “acertijo” de las personas y los caracteres explique o resuelva las interrogantes de la historia (aun cuando, como en Shakespeare, podamos descubrir y presenciar fascinados los resortes psicológicos que intervienen en el fenómeno emocional e “íntimo” del poder). Las explicaciones que proponemos en este libro son, entonces, más “estructurales” que “personales”, sin olvidar los elementos subjetivos que influyen y contribuyen a acentuar tendencias o a marcar con su sello determinados acontecimientos.

En México ha proliferado una literatura política que personaliza exacerbadamente los fenómenos. Es natural y explicable, pero, por lo demás, nada excepcional: es una tendencia que marca, en nuestros días, a prácticamente todos los países. Sin embargo, tal vez, entre nosotros se acentúa la tendencia porque es escasa la información pública acerca del alcance y los motivos de las decisiones. Inclination que refuerzan la espectacularidad y lo inesperado de los fenómenos, de “las sorpresas” (no pocas de ellas, realmente, crueles) que hemos vivido